

gura de ciudad (1). La capital del mundo se había convertido en una ruina, y ofrecía un espectáculo por demás lastimero; escombros, caducidad y pobreza, donde quiera que los ojos se dirigiesen. La guerra, el hambre y las enfermedades, habían diezmando á los habitantes y los habían colocado en la más extrema indigencia; y en las calles, llenas de suciedad y escombros, y dominadas por las altas torres de las moradas nobiliarias, ejercían su oficio los bandidos de día y de noche. La pobreza general era tan grande que, en 1414, aun en la fiesta de San Pedro y San Pablo no se había podido encender ninguna lámpara en la Confesión del Príncipe de los Apóstoles (2). Algunos eclesiásticos no tenían — según refiere un cronista—ni sustento ni vestidos, por donde puede colegirse el miserable estado de las otras clases populares.

La ciudad donde vivían estos pobres, no era más que un gran campo de escombros, sobre el cual se habían edificado las miserables viviendas. Por todas partes se veían montones de cascote, cubiertos de altas hierbas y densos matorrales, y en las partes más bajas de la ciudad se habían formado charcas de las cuales se levantaba un vapor mefítico que envenenaba el aire. Muchos monumentos, que habían sobrevivido á la miseria de la época de Aviñón, habían venido á tierra en el espantoso período del cisma; el castillo de Sant-Angelo había padecido mucho en las luchas de este tiempo y el Coliseo había perdido los arcos que miraban al Palatino y al Celio. Una parte del Palatino servía de pradera donde pastaban los caballos y las cabras, y en el foro las vacadas pacían la hierba. Se habían ensañado con indescriptible barbarie en todos los restos de la Antigüedad, y cuando Manuel Chrysoloras estuvo en Roma, á fines del siglo XIV, escribió á Constantinopla á su Emperador, que casi no quedaba en pie ninguna esta-

(1) Vita Martini V, en Muratori III, 2, 864.

(2) Muratori XXIV, 1043. Sobre las tristes circunstancias porque entonces atravesaba Roma, arrojan nueva luz los apuntes publicados por Armellini sobre Sta. Francisca Romana; cf. XIII-XIV. 2. 4-5. 8 etc. Cf. también Adinolfi, Portica di S. Pietro 89. 184 s. 188 ss., y L. Ruggeri, L'archiconfraternità del Gonfalone 85 n. 8. En 1402, tuvieron los Servitas de S. Marcelo que vender su biblioteca para acudir á las primeras necesidades; cf. Serapeum II, 320. Cf. también Guiraud 17. 42 y Fraknói en el trabajo 10 citado adelante. De qué manera se empobreció la Iglesia de San Pedro luego al principio del cisma, se desprende del Martyrologium benefactorum basilicae Vaticanae, Cod. 57 H. de la *Bibliot. de S. Pedro*.

tua antigua y que habían sido empleadas para hacer escaleras, umbrales de puertas, establos de bestias y en la construcción de muros; sólo se veían los colosos de los Dioscuros que pudieran designarse como obras de Fidias y Praxiteles; aquellas estatuas lograban mejor suerte, que yacían enterradas bajo los escombros y las malezas. En realidad—como lo indica el humanista Cencio de 'Rustici—las pocas estatuas que se hallaban habían sido mutiladas ó aniquiladas; y con la misma falta de miramiento aprovechaban de continuo los habitantes los antiguos monumentos, como inagotables canteras de donde sacaban las piedras para edificar y fabricar la cal. Todavía á principios del siglo, había hallado Poggio casi incólume el templo de Saturno; y más tarde encontró sólo las ocho columnas que se conservan en la actualidad. De la misma suerte, el sepulcro de Cecilia Metella, que en su primera visita á Roma estaba casi intacto, lo encontró luego en gran parte calcinado (1). Pero á pesar de todas las destrucciones, quedaban entonces, de muchos monumentos de la Antigüedad, restos notablemente mayores que ahora, y la impresión que hacían debía ser extraordinariamente pintoresca; pues sobre ellos se había extendido una vegetación varias veces secular. Fantásticas leyendas se enlazaban con estas ruinas, que eran para los humanistas y artistas, fuentes inagotables de estímulo y estudio; y el pueblo embrutecido consideraba como excavadores de tesoros á los hombres, como Brunellesco y Donatello, á quienes veía ocupados en dibujar, medir y descubrir las ruinas soterradas (2).

También los edificios de la ciudad, no pertenecientes á la Antigüedad clásica, habían padecido horriblemente en las vicisitudes de la época del cisma. La antigua y venerable residencia de los papas en Letrán estaba tan asolada, que no se podía pensar en restaurarla. En la propia ciudad se habían conservado con sus torres las moradas de los nobles semejantes á ciudadelas; pero la mayor parte de las casas se habían arruinado; muchas iglesias estaban sin techo, y otras habían sido convertidas en establos de

(1) La descripción de Chrysoloras apud Codinus, De antiquitatibus Constantinopolit. (Paris, 1665) 107 sq. 125. 129. Cf. Poggius, Hist de varietat. fortunae ed. Georgius (Paris 1723) 5 sqq., y la epístola de Cencio, apud Quirini, Diatriba XI. Entre los modernos cf. Papencordt 493 s. y Reumont III, 1, 3 ss.

(2) Cf. la ingenua narración del anónimo biógrafo de Filippo Brunellesco, en Reumont III, 1, 370.

caballos (1). La misma basílica de San Pablo no había podido escapar á tan indigna suerte. El techo de la iglesia se había caído en parte, de suerte que la lluvia, la nieve y el granizo penetraban sin obstáculo para continuar la obra de destrucción; y á la tarde los pastores de la Campaña introducían sin estorbo sus manadas en la iglesia, para hacerlas pernoctar allí como en una cuadra (2). La ciudad leonina estaba espantosamente asolada y, no sólo las calles que conducían á San Pedro y el vestíbulo de la iglesia yacían en ruinas, sino que aun las murallas de la ciudad estaban por allí caídas de manera, que por la noche penetraban los lobos de la desierta campiña haciendo inseguros los jardines del Vaticano y arrebatando de sus huesas los cadáveres enterrados en el campo santo situado junto á San Pedro (3).

Tal era el estado de Roma al regreso de Martín V; todo, por decirlo así, tenía allí que hacerse de nuevo.

Con un celo y resolución, que dejaban reconocer al romano de origen, se dedicó el Papa á este cometido. Ya en Florencia había nombrado una comisión para inspeccionar los trabajos de restauración de las basílicas é iglesias de Roma, poniendo á disposición de ella considerables sumas de dinero (4); pero la verdadera obra restauradora no empezó hasta que el Papa hubo establecido en Roma su residencia; Martín V comenzó por lo más necesario, mandando que en el Vaticano se abrieran por de pronto en todas partes las ventanas que habían sido tapiadas, y se dispusieran aquellas habitaciones que eran imprescindibles para los más importantes trabajos oficiales, como la sala del consistorio y la capilla. En la ciudad se debía ante todo quitar los escombros y la suciedad, que llenaban las calles y apestaban el aire; y para ello renovó Martín V el antiguo oficio de inspectores de las calles (*magistri viarum*), llamando para ello á dos ciudadanos romanos, á los cuales dió el encargo de que en primer lugar despejaran las calles, para hacerlas de nuevo transitables. Al mismo tiempo les concedió absoluto derecho para derribar y

(1) *Diarium* de Antonio Petri (testigo ocular) apud Muratori XXIV, 977. 979. 985. 1003 sq. 1008. 1009. 1010. 1011. 1014. 1031. 1035. 1050.

(2) L. Barbi, *De initio congreg. benedict. S. Iustinae*, en *Pez, Thesaur. nov.* II, 2, 300. 301.

(3) Acerca de los lobos cf. la noticia, de que habremos de hablar aún bajo Eugenio IV, de un documento del *Archivo del Campo Santo al Vaticano*. Cf. también el destino de las estatuas romanas, I, III, c. 119.

(4) Müntz, *La Renaissance* I, 8-9.

expropiar, contra todo el que se hubiera posesionado de terrenos públicos ó públicos edificios, aun contra aquellos que estuvieran amparados por anteriores disposiciones y aun cuando éstas se hubieran sancionado con pena de excomunión. Asimismo dictó el Papa enérgicas medidas contra los bandidos, que se habían convertido en una verdadera plaga para la pobre ciudad y sus alrededores (1); en los documentos de entonces se menciona la construcción de cárceles y la institución de un jefe de policía pontificia con el nombre de «*soldanus*» (2); y para hacer un ejemplar castigo, se mandaron arrasar algunas madrigueras de ladrones en las cercanías de Roma. El económico Pontífice se negó á mantener constantemente gran número de soldados, y aun la Guardia de Corps, formada para la seguridad del Pontífice (de la cual nació más adelante la Guardia Suiza) era sumamente modesta y se reclutaba principalmente entre los hijos del país (3). El castillo de Sant-Ángelo fué reparado en 1423 (4) y se construyeron también nuevas obras de fortificación, entre ellas una fuerte torre en Ostia, la cual, no solamente debía librar las costas de enemigos y piratas, sino oponerse además al contrabando (5). En la Campaña ordenó el Papa extensos trabajos de desagüe (6).

Entre los edificios de Roma, dedicó Martín V su atención ante todo á las tan desamparadas iglesias, y conociendo la imposibilidad de acudir á todas por sí solo, se dirigió á los cardenales y los excitó al restablecimiento de sus iglesias titulares; invitación que no quedó desatendida (7). Por el contrario, el mismo Papa acu-

(1) «*Roma stava molto scoretta e piena di ladri*», escribe Infessura 1122 (ed. Tommasini 22), y narra luego que los bandidos no perdonaban ni aun á los pobres romeros. A 17 Stbre. de 1393, los enviados de la ciudad de Colonia fueron sorprendidos á dos millas y media de Roma por salteadores, y enteramente despojados. Uno de ellos recibió una herida mortal; cf. Keussen, *Zwei Kölner Gesandtschaften nach Rom*, en *las Mitteil. aus dem Köln. Stadtarchiv*. H. 12.

(2) Kinkel 2929-2930. Müntz I, 12-14. 16-17 n. 6. Theiner, *Cod. dipl.* III, 290-291. Bull. IV, 716-718. Arch. st. ital., 3. Serie III, 195. *Mél. d'archéol.* IV, 281 ss.

(3) «*Pedites de Interamne*» Müntz I, 14. Cf. Theiner, *Cod. dipl.* III, 269-270. La parsimonia de Martín V en mantener soldados, fué representada á Calixto III en un poema, que se halla en el Cod. 361 f. 4 de la *Bibliot. Riccardi de Florencia*.

(4) Borgati, *Castel S. Angelo* (Roma 1890) 76. Arch. st. dell'Arte VI, 292.

(5) Kinkel loc. cit. Guglielmotti II, 134 s. *Mél. d'archéol.* IV, 282-283.

(6) Benigni 20.

(7) Más cumplidamente en Müntz I, 2 n. 3.

dió con esplendidez á la reparación de las iglesias parroquiales y principales basílicas (1). Para cubrir de nuevo la iglesia de San Pedro gastó desde luego la suma extraordinariamente grande de 50,000 ducados de oro; fuera de esto se reedificó enteramente el pórtico de dicha iglesia y, según las noticias de algunos, se adornó con pinturas que representaban la vida de San Pedro y San Pablo (2). En el año 1425 se resolvió la restauración de la basílica de San Pablo y se confió la ejecución de esta obra al cardenal Gabriel Condulmaro (3).

Todavía fueron más importantes los trabajos que hizo emprender Martín V en la propia iglesia catedral de los papas, San Juan «in Laterano». Aquella venerable basílica horrorosamente devastada por un incendio, debió al Papa Colonna su renacimiento de entre las ruinas. Entonces se le puso un nuevo techo de madera y magnífico piso entarimado, y para esta reparación se despojó á algunas de las iglesias caedizas de los barrios exteriores y de los alrededores de la ciudad, de los pórfidos, granitos y serpentinas. Para pintar los lienzos de pared de la nave central, llamó el Papa, de Umbría, al amable y piadoso Gentile da Fabriano, á quien hallamos trabajando en Roma desde 1427; y más adelante se le agregó también á Vittore Pisanello. Gentile fué espléndidamente remunerado por el Papa, habida razón de las circunstancias de la época; pues recibió un sueldo anual de 300 ducados de oro (según el actual valor de la moneda, unos 15,000 francos) al paso que Bevilacqua de San Severino, fundador é ingeniero, sólo percibía 120 escudos de oro, y más tarde, el con razón estimadísimo Fra Angélico da Fiésole no recibió más que 200. Las pinturas murales de Letrán, que representaban la vida de San Juan Bautista padecieron mucho de la humedad, ya en vida de Pisanello; pero eran aún regularmente reconocibles en el año jubilar de 1450; y Roger van der Weyden, que visitó

(1) Acerca del modo de procurar dinero, cf. v. Ottenthal en las *Mitteilungen d. österr. Inst.* V, 440-441. A este lugar pertenece también un escrito de Martín V dirigido al arzobispo de Tarantaise y á los obispos de Maurienne y Bellay, fechado en Roma en 24 de Abril de 1429, en el que se destina á la restauración de las iglesias de Roma la tercera parte de los dineros procedentes de multas impuestas á los clérigos. El mismo hallé en el *Archivo público de Turín*, Mat. eccl. 42. Mazzo 10 n. 17.

(2) Müntz I, 9-12. Cf. Contelorius 17 sq. y Mazio 19.

(3) Cf. Pez, *Thes. nov.* II, 2, 303.

entonces la ciudad eterna, la vió todavía, y alabó con esta ocasión á Gentile como el más notable de los pintores italianos (1).

También Masaccio, autor de los frescos de la capilla de Brancacci, los cuales hicieron época, fué llamado á Roma por Martín V. En tiempo de Vasari se mostraba en Santa María la Mayor una Madonna procedente de aquel genial adalid de la pintura del renacimiento, y la figura del Papa Liberio, con los rasgos de Martín V, representado en el acto de trazar sobre la nieve el perímetro de la mencionada basílica. Por mucho tiempo se consideraban como perdidas aquellas pinturas, hasta que finalmente, recientes investigaciones las han vuelto á descubrir entre los tesoros del Museo de Nápoles. Es muy verosímil que dichas tablas se pintaran por los años 1421-1423, cuando Martín V residía junto á Santa María la Mayor (2).

Cuando más adelante, gracias á la paz que supo conservar Martín V con su prudente moderación en los Estados de la Iglesia, se mejoró la hacienda, se reforzaron de nuevo las murallas del Capitolio, se restauró el palacio de los conservadores y se restablecieron varias puertas y puentes sobre el Tiber. En la pendiente oeste del Quirinal, cerca de la iglesia Santi Apostoli, se construyó Martín V un modesto palacio, donde residió con preferencia desde el cuarto año de su entrada en Roma; y también mandó edificar, no lejos de Palestrina, antiguo y fuerte castillo de los Colonna, en el pintoresco Genazzano situado en una roca volcánica al pie de los montes de los equos y los hérnicos, un fuerte y considerable palacio que le sirvió muchas veces á él y á sus nepotes de residencia de verano (3). Sólo estos dos palacios pueden nombrarse como nuevas construcciones, pues las circunstancias de entonces obligaban á ocuparse más en restauraciones que en libres creaciones del espíritu artístico (4).

(1) Müntz I, 14-16. 31. Kinkel 2930. Reumont III, 1, 374. 515. Crowe-Cavalcasse IV, 115. Rasponus 31. 38. 52. 87-88. Rohault 236 ss. 344. 349. *Mél. d'arch.* IV, 285; V, 378. Müntz, *La Renaissance* 58. Para formar justa estimación de Gentile cf. Woltmann-Wörmann II, 210. Cf. también Müntz, *Hist. de l'art I*, 646 ss. La edición de Vasari hecha por Venturi Vite (I: Gentile da F. e il Pisanello. Firenze 1896) y *Repert. f. Kunstwissenschaft XX*, 158 s.

(2) Müntz, *Hist. de l'art I*, 612. Reumont III, 1, 375. Vasari-Lemonnier III, 158. Schmarsow, *Masaccio-Studien III*, 74 ss.; V, 2 ss.

(3) Müntz I, 16-18. Kinkel loc. cit. *Rev. archéol.* 1886, VIII, 319 s. Cf. Contelorius 35.

(4) Kinkel loc. cit. Acerca de las medallas con la inscripción «Dirutas ac

Se equivocaría sin duda quien supusiera que carecía el Papa Colonna de gusto por la magnificencia de su representación; por el contrario; á pesar de vivir tan económicamente, que se le pudo acusar de tacañería (1), ponía mucho empeño en mostrarse con grande esplendor en todas partes, pero principalmente en las solemnidades del culto divino (2). Ya mientras residía en Florencia, encargó una capa pluvial ricamente bordada, y una tiara de oro, de cuya belleza se hablaba todavía ciento cincuenta años más tarde. Nada menos que Lorenzo Ghiberti labró para esta tiara ocho lindas figuras de ángeles de oro entre hojas del mismo metal, y para el pluvial un precioso broche que lo sujetaba junto al pecho, con un Cristo dando la bendición. Aun más importantes que estos extraordinarios encargos, eran, no obstante, para el florecimiento de las artes industriales, las obras ordinarias que mandaba hacer el Papa en determinadas ocasiones, como los sombreros y espadas de honor que bendecía por Navidad todos los años para regalar á ilustres personajes; además las sortijas que se entregaban á los cardenales nuevamente nombrados; finalmente, las rosas adornadas con piedras preciosas, que se consagraban cada año antes de Pascua en la dominica «Laetare» (la cual recibió por esto el nombre de domingo de las rosas), y se enviaban luego, como altísima distinción, á príncipes, hombres eminentes, nobles señoras, iglesias y ciudades. Otro ramo del arte industrial se fomentó con la elaboración de banderas ricamente bordadas, y adornadas con las armas de la Iglesia y del Papa, y muchas veces también con figuras de Santos, las cuales se entregaban las más de las veces á los abanderados y capitanes de la Iglesia; y además los bordadores recibían frecuentes encargos para el adorno de mitras y dalmáticas. Martín V, que mostraba especial interés y gusto en las artes del tejido y bordado, acudía casi exclusivamente para tales

labantes urbis restaur. eccles.» cf. Bonanni 20-21 y Venuti 4. Martín V restauró también las iglesias de Velletri (cf. Borgia 351-352), dió dinero para la restauración del palacio pontificio en Aviñón (Ehrle I, 669 ss.) y favoreció otras construcciones de templos (cf. Fumi, Statuti e registri di S. Maria di Orvieto, Roma 1891, p. 96 ss.) y restauraciones de iglesias; cf. su bula de 14 de Mayo de 1421 acerca de la iglesia de Sto. Domingo de Venecia (que estaba donde ahora los Giardini pubblici). Orig. en el *Archiv. público de Venecia* Bolle pontif.

(1) Commissioni di Rinaldo degli Albizzi II, 249. 303. S. Antoninus XXII, c. 7, § 3. Cf. Voigt, Wiederbelebung II, 24, y Palacky III, 2, 519 Anm.

(2) Vita Martini V, ap. Muratori III, 2, 860.

encargos á los talleres florentinos; á lo cual le obligaba el haber quedado Roma tan empobrecida y decadente, que no poseía ya artífices indígenas; pero á la larga, el fomento de las industrias, que procedía de las numerosas peticiones de tales objetos por parte del Papa, no pudo dejar de producir también en Roma influjo beneficioso (1). También las medallas pontificias tomaron en tiempo de Martín V un auge, que no se desconoció enteramente aun en medio de la depravación del gusto de siglos posteriores (2).

(1) Müntz I, 18-30; II, 309-312. Kinkel loc. cit. Woltmann-Wörmann II, 255. Arch. stor. Lomb. (1878) V, 800. Arch. d. Soc. Rom. VI, 8 (Rosa de Martín V para S. Pedro). Acerca de las rosas de oro, cf. Moroni LIX, 111 sq.; Gatticus 19. 20. 82; Cancellieri, De secret. 534. 1792; Delicati, Diario di Leone X. (Roma 1884) 108 s.; Darandus, Rationale divin. officior. lib. VI, c. 53, n. 8 sqq. (ed. Lugd. 1568, p. 311 sqq.); Catalani en el Pontificale Rom. (ed. Paris, 1851) II, 563; Otte, Kunstarchäologie I<sup>a</sup>, 250, Nr. 6; Guéranger, L'année liturg. Carême p. 373; Barbier de Montault I, 76 ss., y las monografías de A. Baldassarri (Venezia 1709) y C. Cartari (Roma 1681), donde la antigua bibliografía copiosamente. Cf. también Akten der Münch. Gelehrtenkongresse 315 s. Cf. también Cod. Vatic. 8326: «Memorie sopra la rosa d'oro e sua istituzione e benedizione. v. *Bibliot. Vatic.* Consérvanse rosas de oro en el Museo Cluny de París (copiada en *Annal. archéol.* 1859 p. 83 y Goyau 458. Esta rosa, otorgada por Clemente V, procede del tesoro eclesiástico de Basilea; cf. *Mitteil. der Gesellsch. f. vaterl. Altertumskunde IX y X*), y en la rica capilla de Munich, así como en la de Andech (cf. *Meisterwerke schwäb. Kunst, München 1886, Tafel 21 Nr. 5*). El «relicario de Halle» de Alberto de Brandeburgo (hallische Heiltum), que estuvo luego en Maguncia y está representado en un magnífico Códice de la *Bibliot. del alcázar de Aschaffenburg*, poseía una de estas rosas, de la que da una copia la pequeña xylografía «Das hallische Heiltum» (copiada en Otte y en otros lugares). En el Cod. Aschaff., n. 1, hay una copia en colores, 30 1/4 cm. de alta, ó sea de tamaño natural, con la inscripción que sigue: «Zum Erstenn wirdt ewer lieben und andacht getzeigt eyne Rofse, gemacht vonn golde, Byesem, Balsam unnd Eedelun gesteynnen, dyē hat gesegnet unnd gebenedeyet gotseliger gedechtnus der allerheyligste in got vater unnd Herr, unsser Herr Leo aufs gotlicher vorsichtigkeit der zehende Babst dess nahmens zur mittfastenn und dormitt begabet unsern gnedigstenn Herrn den Cardinal zu eyner besundern ehre dyeser Stifftkirchenn der Heyligen Sanct Moritz und Marien Magdalenenn allhyer zu Halle. Neyget ewer Hertz und Heupt unnd entpfahet dormit dyē Benedeyunge.» Por desgracia no conservamos ya esta pieza La Bibliografía sobre las espadas benditas, en la obra de mi venerado amigo Mac Swiney de Mashanaglass, *Le Portugal et le S. Siège I* (Paris 1898). Cf. el trabajo del mismo autor *L'Épée et le Chapeau Ducal donnés par Grégoire XIII à Charles Frédéric, Prince de Clèves et Juliers* (Rome 1900). Las espadas de honor concedidas por Martín V, reunidas por Müntz in *Rev. de l'art chrét.* 1890 p. 281, donde (282) está la más antigua de las conservadas, consagrada en 1446 por Eugenio IV, que se halla en la Armería real de Madrid, aunque sólo se conservan la hoja y la empuñadura; cf. *Cat. d. Armería 1854 p. 69*.

(2) Así juzga Reumont III, 1, 426. Cf. Cinagli 42-44; Garampi, *Monete pontif.* 145 ss. y *Arch. d. Soc. Rom.* XIX, 362. Aun en los tomos del Registro

A pesar de la incansable solicitud del Papa, extendida á todos los ramos de la administración, la Ciudad eterna se iba reponiendo muy poco á poco. Era necesario largo tiempo para sanar las heridas que le había producido un siglo de espantosas turbaciones, con tanto mayor causa cuanto que tampoco en tiempo de Martín V faltaron desgraciados accidentes, los cuales habían de ejercer influencia muy perniciosa. Además de las enfermedades pestilentes que por entonces afligieron á Roma repetidas veces, hay que recordar aquí la gran inundación de 30 de Noviembre de 1422, cuya memoria conserva todavía una inscripción de la iglesia de Santa María sopra Minerva (1). La obra de destrucción durante la época del destierro de Aviñón y del cisma, había sido tan terrible que, todavía en tiempo del sucesor de Martín V, pinta un escritor la residencia de los papas como una ciudad de vaquerizos (2); pero sin embargo, no puede desconocerse la tendencia al mejoramiento de todas las cosas, desde que, con Martín V, se restituyó á Roma el Papado de una manera permanente. Aun para los monumentos antiguos amaneció una era mejor (3). El Papa dirigió toda la solicitud de su blando gobierno al restablecimiento del bienestar y del orden y, por este camino, se hizo acreedor, no sólo por lisonja, sino con toda verdad, al nombre de «padre de la patria» (4). Es verdad que Roma perdió, como ciudad, la independencia y libertad políticas; pero al propio tiempo se le concedía completa libertad de movimiento en todos los ramos de la administración interior (5). Martín V dejó enteramente intacta la constitución

de Martín V se espeja la paz y seguridad que había sucedido á las anteriores turbaciones, pues son más numerosos, están divididos en determinadas series y más conexos dentro de cada una de ellos. Th. v. Sickel en las *Mitteilungen d. österr. Inst.* VI, 311; cf. v. Ottenthal, *Bullenregister* s. 41.

(1) Junto con Infessura-Tommasini 24 y Cronache Rom. 1 (ed. Pelaez 80) cf. la relación que trae Oefele, *Script. rer. boic.* I, 17, la cual escapó lo mismo á Reumont que á Gregorovio y Tommasini. La inscripción de la Minerva, apud Forcella XIII, 211; cf. de Rossi, *Inscript.* II, 451, y Carcani, *Il Tevere e le sue inondazioni* (Roma 1875) 40.

(2) Vespasiano da Bisticci, Eugenio IV. (Mai, *Spicil.* I, 21). Cf. Fabronius, *Cosmus* II, 86.

(3) Cf. el interesante documento de 1426 en *Studi e doc.* 1897 p. 141.

(4) Acerca de la incansable actividad del Papa en favor de Roma, cf. también l'Épinois 402 s.; Morichini 232 y *Arch. d. Soc. Rom.* I, 140.

(5) Papencordt 469. Mathieu 419. Son de importancia para la historia interior de Roma en aquel tiempo, los extractos «ex regesto dominorum conservatorum tempore Martini V. S. P.» en el Cod. IV, 60 de la *Bibliot. Borghese de Roma*.

municipal de su ciudad patria; y por mandato suyo, el escribano del Senado Niccolò Signorili reunió los derechos y privilegios de Roma en un libro del cual se hallan copias en los archivos y bibliotecas romanos (1).

Los romanos olvidaron fácilmente la pérdida de su independencia política, bajo el gobierno de un Papa que dirigía todos sus pensamientos y acciones á sanar las heridas que se habían inferido á la desgraciada ciudad durante la larga ausencia de sus predecesores; y mostró con gran claridad lo que puede un príncipe enérgico. Aun el bandolerismo, que en todos tiempos ha desempeñado un gran papel en la vida de los pueblos de origen latino, parecía aniquilado en los Estados de la Iglesia, á consecuencia de las medidas dictadas por el Papa. En tiempo de Martín V—escribe un cronista romano—se podía, con oro en la mano, recorrer el país á muchas millas lejos de Roma, así de día como de noche (2); tan grande era la paz y tranquilidad en todo el Estado de la Iglesia—dice un biógrafo del Papa—que se pudiera creer que habían vuelto los tiempos de Octaviano Augusto (3).

Martín V no sólo puso entre tanto los fundamentos para la reparación de la Ciudad eterna, sino también para la formación de la Monarquía pontificia; y la actividad que desplegó en este concepto, es de la mayor trascendencia. A consecuencia de las turbaciones del cisma, todo el Estado eclesiástico había salido, por decirlo así, de sus quicios, y propiamente no existía ya sino de nombre, ofreciendo, en la época del regreso del Papa á Roma, una abigarrada mezcla de señoríos, constituciones, derechos, privile-

(1) El más antiguo ejemplar de la obra de Niccolò Signorili («secretarius inclityi magistratus almae urbis», † 1427) «De iuribus et excellentiis urbis Romae» se conserva en el *Archivo Colonna*, aunque no es el autógrafo de Signorili; cf. de Rossi en los *Studi e documenti* (1881) II, 2, 84 n. 1 (cf. asimismo de Rossi, *Le prime raccolte di ant. iscriz.* 7; *Bullet.* 1871 p. 4, y *Inscript* II, 319. 336). Copias posteriores se encuentran en Roma en las *bibliotecas Borghese* y *Corsini* (cf. Lämmer, *Zur Kirchengesch.* 132), en la *Bibliot. Vaticana* (Cod. Vatic. 3536; cf. Cancellieri, *De secret.* 782-783; en el cod. Vatic. 7190 sólo un fragmento) y en el Cod. I. C. n. 35 de la *Brancacciana de Nápoles*.

(2) Memoriale di Paolo di Benedetto di Cola dello Mastro dello Rione de Ponte, *Cronache Rom.* 1 (ed. Pelaez 80). Cf. Infessura 1122 (ed. Tommasini 24).

(3) Muratori III, 2, 866. Aun el autor de la otra biografía de Martín (publicada asimismo por Muratori), por más que era muy desafecto al Papa ha de confesar: «Item suo tempore tenuit stratas et vias publicas securas, quod non fuit auditum a ducentis annis et circa.» L. c. 858.